

El nuevo pesimismo de los economistas

JUAN CARLOS TEDISCO / Universidad Nacional de San Martín (Argentina)

En un reciente artículo del Premio Nobel de Economía 2009, Paul Krugman, el tema educativo vuelve a ocupar un lugar importante en las discusiones sobre el papel de la educación en el desarrollo económico (*Clarín*, 13 de marzo de 2011). La novedad, sin embargo, es que ahora la educación no es la respuesta. Krugman, con ese estilo categórico con el cual los economistas postulan sus teorías, sostiene que la verdad universalmente aceptada según la cual la educación es la clave del éxito económico es una equivocación.

El argumento de Krugman se basa en evidencias empíricas de investigaciones sobre la evolución del mercado de trabajo, particularmente en los EEUU. De acuerdo a dichos estudios, las tecnologías de la información están provocando la eliminación de puestos de trabajo no solo en tareas de baja calificación sino, particularmente, en ámbitos que requieren altos niveles educativos. Así, por ejemplo, el *software* está reemplazando abogados y asistentes de abogados en el análisis de documentos de investigaciones legales, o ingenieros en tareas como el diseño de microprocesadores. Al contrario de estas tendencias, la automatización y las tecnologías de la información no pueden reemplazar trabajos de servicios que no siguen reglas explícitas de desempeño, como es el caso de puestos de chóferes de camiones, porteros de edificios y muchos trabajos manuales que registran hoy bajos niveles de desempleo y fuerte demanda.

En síntesis, el argumento de Krugman sostiene que si queremos una sociedad con más prosperidad para todos, "la educación no es la respuesta". La respuesta hay que buscarla mediante el restableci-

El argumento de Krugman sostiene que si queremos una sociedad con más prosperidad para todos, "la educación no es la respuesta"

miento del poder de negociación de los trabajadores, tanto de los menos como de los más calificados.

El escepticismo acerca del valor de la educación, particularmente en los EEUU, ya fue señalado por otros autores desde una perspectiva más sociológica que económica. Emmanuel Todd, por ejemplo, mostró, hace ya algunos años, que la idea según la cual la educación no era la respuesta se estaba verificando a través del comportamiento de los distintos sectores de la sociedad americana (Emmanuel

Todd, *L'illusion économique. Essai sur la stagnation des sociétés développées*. Paris, Gallimard, 1998.) Los datos sobre la evolución de la educación en ese país muestran que la expansión de la cobertura del sistema educativo americano se estancó en las últimas décadas. Las informaciones disponibles muestran que la proporción de jóvenes que llegan a obtener el Bachillerato + 3 años (licenciatura), creció desde comienzos de siglo hasta 1970 en forma progresiva, pero dicho proceso se detuvo a partir de esa fecha. Así, mientras el conjunto del mundo occidental vive desde hace ya más de un siglo un proceso de expansión educativa sostenido, los EEUU han entrado desde los años 70 en una situación de estancamiento, como si hubieran llegado a un techo cultural que no pudieran superar. Este límite cuantitativo está acompañado por bajos logros en los resultados de aprendizaje, medidos a través de las pruebas tanto nacionales como internacionales. La novedad del aporte de Krugman y de los economistas en los cuales se apoya su posición, consiste en otorgar a ese estancamiento una explicación basada en el comportamiento del mercado de trabajo.

EL IMPACTO DE LAS HIPÓTESIS DE LOS ECONOMISTAS

Como todos sabemos, las hipótesis y las propuestas de políticas que se discuten en los EEUU tienen impacto en el resto del planeta. De hecho, el artículo de Krugman fue publicado en periódicos y revistas fuera de los EEUU, particularmente de los países en desarrollo. Al respecto, mucho me temo que en estos países, la primera parte del argumento de Krugman (escepticismo acerca del valor de la educación en el mercado de trabajo) tenga más impacto que la segunda (necesidad de fortalecer el poder

de negociación de los trabajadores). Dicho en otros términos, el pesimismo sobre el impacto de la educación será más escuchado que la demanda de fortalecer el poder de negociación de los trabajadores, entre otras razones porque venimos de décadas donde la supresión de puestos de trabajo y los cambios en los modos de producción provocados por el impacto de las tecnologías, ha debilitado significativamente el poder de negociación de los sindicatos, único instrumento de los trabajadores para negociar sus salarios.

Por esta razón, me parece importante precavernos contra el pesimismo acerca del valor de la educación en la construcción de sociedades más justas o, en el lenguaje de los economistas, de más prosperidad para todos. En este sentido, es importante aclarar cuál es el significado que otorgamos al concepto de "prosperidad". Si lo asociamos a la idea de justicia, prosperidad para todos es distribución más equitativa de la riqueza. Y para lograr esa distribución más equitativa es fundamental propiciar una educación de mejor calidad para todos.

El razonamiento economicista sobre la educación tiene virtudes y limitaciones evidentes y bien conocidas. La teoría del capital humano ya hizo un recorrido histórico donde se pusieron en evidencia ambas dimensiones. En esta etapa del desarrollo social, es más evidente que nunca la necesidad de un enfoque sistémico acerca de las políticas públicas y, específicamente, de las políticas educativas. La educación forma para el mercado de trabajo, pero también forma para la ciudadanía y para el desarrollo personal. Desde este punto de vista, la educación -si buscamos una sociedad con prosperidad para todos- debe lograr que cada uno decida o elija, si quiere ser plomero, chofer de taxi, ingeniero o abogado. Y una sociedad más justa y más igualitaria es una sociedad que ha logrado que todos estén en condiciones de elegir qué lugar quieren ocupar.

Al respecto, es bueno recordar el análisis de Francois Dubet acerca de la diferencia que existe entre políticas de igualdad de lugares y políticas de igualdad de oportunidades. La primera se refiere al conjunto de posiciones sociales ocupadas por las personas. Desde esta perspectiva, la justicia tiende a reducir las desigualdades de ingresos, de condiciones de vida y de acceso a los servicios. La igualdad de lugares busca reducir las diferencias entre posiciones sociales, sin pretender otorgar la prioridad a la movilidad de los individuos. La segunda, en cambio, está centrada en la igualdad de oportunidades y consiste en ofrecer a todos las mismas posibilidades de ocupar las mejores posiciones, en función de sus méritos, en una estructura de posiciones claramente jerárquica. Dubet se define a favor de la primera, aunque asume obviamente la importancia de ambas. Sin entrar en el debate destinado a optar por una u otra o a otorgar prioridad a las acciones que promueven más un tipo de igualdad que otro, lo cierto es que la educación está en el centro de ambas.

Krugman tiene razón al postular la importancia de fortalecer el poder de negociación de los trabajadores. Pero para fortalecer dicho poder, hay que estar educado. La educación sola no es la solución. Pero sin educación no podrán desarrollarse las otras dimensiones de las acciones sociales dirigidas a construir una sociedad más justa.

